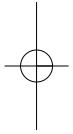
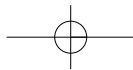
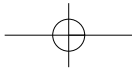
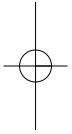


BERLÍN Y EL BARCO DE OCHO VELAS

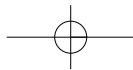
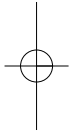


*Paisajes narrados, 44*





Jesús del Campo  
Berlín y el barco  
de ocho velas



© Jesús del Campo, 2010

© 2010 Editorial Minúscula, S. L.  
Sociedad unipersonal  
Porrolà, 26 - 08023 Barcelona  
minuscula@editorialminuscula.com  
www.editorialminuscula.com

Primera edición: octubre de 2010

Diseño gráfico: Pepe Far  
Imagen de la cubierta: a partir de una fotografía de Giorgio Fochesato

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Preimpresión: Addenda, Pau Claris, 92, 08010 Barcelona  
Impresión: Winihard Gràfics S.L., Av. del Prat, 7, 08180 Mojà

ISBN: 978-84-95587-70-1  
Depósito legal: B-39.559-2010

*Printed in Spain*

Haendel está inmóvil en el avión de TUIfly. La corona de KLM se le acerca, le alcanza hasta ocultarse tras él por unos segundos, le abandona en busca de la pista de despegue. El sol atraviesa el cielo gris de Tegel y yo camino entre una dispersión de desconocidos.

El taxista habla nueve lenguas, algunas de ellas eslavas. Las enumera todas y deja el holandés para el final, como avergonzado de incluir algo que él tiene sin duda por demasiado fácil. Pregunta por España, por el Estatuto catalán, le disgustaría ir a Mallorca, hay demasiados alemanes en esa isla. Creyó que aprendería español cuando se casó con una mujer filipina pero se equivocó de método; ella no habla una palabra del idioma que dominó su país durante siglos. Es una lástima que el español se haya perdido allí, me dice. No, eso no es el Spree. Muchos clientes creen que es el Spree, pero en realidad es uno de los canales de Berlín. Y eso es Moabit, el rey podía enviar tropas a controlar los puentes para reprimir las revueltas del pueblo. También hay

una cárcel, añade. Eso ya lo sé. En esa cárcel fueron ejecutados hombres del veinte de julio. Cabe mucho sufrimiento ajeno en una frase, el tiempo obliga a ejercitar la disciplina de la indiferencia. La angustia de muchos encuentra sitio en las pocas palabras de uno; es un espacio aún menor que la celda de una prisión. Hay un Langenscheidt inglés-alemán en el salpicadero del coche. Puedo preguntarle cuál es su oficio, dice el taxista. Y sorteamos el tráfico a lo largo de calles arboladas que ya estaban allí antes de que llegara yo. Todo parece venir a mi encuentro, asaltarme por sorpresa, pero eso es solo un viejo truco.

Tengo una maleta en el asfalto y hay una mujer esperándome, sentada en el marco de una ventana. I've been up all night, leaning on my window sill, dice Bob Dylan; arde en la imagen la soledad juvenil y desafiante de quien explora el mundo y está listo para saltar a un tren en marcha. Suena esa canción en el *Concierto por Bangladesh*, cuando el rock decidió que no era mala idea ayudar a los pobres. Up all night, despreciando el cansancio y la convención del sueño. La mujer me explica cómo utilizar las llaves, cómo encender el gas, cómo conseguir que se encienda la pantalla del televisor. Hace una demostración práctica con el mando a distancia, aprieta un botón, lo suelta en el momento justo, aprieta otro. Ella opina que es fácil,



temo no estar de acuerdo. Me pide que no olvide escribir algo en su libro de huéspedes. En la sala hay una alfombra roja, un cuadro del Reichstag envuelto en tela por Christo, otro de una flor también roja, sus pétalos jugosos y algo sexuados en un primer plano que aspira a ser desconcertante. En la pared de enfrente me observa Audrey Hepburn en blanco y negro Givenchy, y tiene toda la ingenuidad de los sesenta en la cara. Su expresión recuerda la luz que cubre la Quinta Avenida en el primer momento de *Desayuno con diamantes*, cuando Nueva York parece tan inmaculado y desprevenido. Holly Golightly sonrío en un rincón de Kreuzberg, despreocupada aún del trabajo de aprender brasileño.

En la acera de la Bergmannstrasse, unos tipos de pelo largo y encanecido charlan en voz baja mientras lían tabaco, un arte que conocen bien. Tienen pinta de haber hablado inglés con acento alemán en las calles de Ámsterdam y de Katmandú, de haber vestido con paciencia la camiseta del good German durante años. Su aire indolente ayuda a corroborar que Berlín ha caminado un día más en la senda que la aleja de su peor momento. La normalidad en Berlín contiene un ingrediente contradictorio en principio con la normalidad

misma, y que no es otro que la conciencia de esa normalidad. No olvidamos que estamos olvidando, dicen con su gesto de antiguos easyriders estos hippies de la Bergmannstrasse. He pedido una cerveza y gross oder klein, me pregunta la camarera. No esperaba en este momento tomar decisiones sobre cantidades de alcohol pero creo que, tratándose de mi primer trago en Berlín, me sentiría muy klein no pidiendo gross. Y ahora tengo medio litro de cerveza alemana delante de mí. La gran jarra filtra la luz de la tarde, la atrae como un pararrayos.

Hay bicicletas apoyadas en el patio al otro lado de mi ventana, bicicletas en el pasillo que lleva hasta la puerta de la calle. Oscuras y sólidas, esperan la llegada de sus dueños.

Isadora Duncan pasó su primera noche berlinesa en el hotel Bristol. Al principio creyó descubrir en la ciudad un recuerdo de la Grecia clásica que pronto le pareció un error de arqueólogos pedantes. Al ver a la guardia del káiser salir de las columnas dóricas de la Potsdamer Platz volvió a su hotel y pidió, en alemán, un vaso de cerveza. No mucho tiempo después, de nue-

vo en Berlín, era conocida como die göttliche, heilige Isadora, y el público desenganchaba los caballos de su coche y la llevaba triunfante por Unter den Linden. Donde un día estuvo el Bristol se alza hoy la imponente Embajada de la Federación Rusa. El enorme edificio es una proclama de resistencia a los cambios de los tiempos y declara en nombre de sus dueños aquí nos veis, mantenemos nuestro lugar cerca de la Puerta de Brandeburgo por la que un día entró en Berlín Napoleón Bonaparte henchido de gloria que creyó eterna, el muy ingenuo; seguimos en pie donde la divina, sagrada Isadora tejió su primer sueño berlinés y sabemos mucho sobre imperios reciclados.

El *Sunday Sun* de Nueva York consideró como una prueba más del arte de Isadora Duncan el hecho de que pareciera más alta de los cinco pies y seis pulgadas que en realidad medía. In Berlin by the wall you were five foot ten inches tall, dice Lou Reed en la primera canción de un álbum que lleva el nombre de esta ciudad entonces dividida. Su sector occidental era una manzana de tentación frente a los jardines prohibidos del Este, que alegaba tener su propio Edén y sus propios ángeles custodios; los vopos ocupaban sus puestos de guardia con el gesto marmóreo de quien ejerce un derecho de conquista. Cuando pidió su cerveza en el hotel, Isadora alegó cansancio. Si el remedio fuera

bueno, sería forzoso concluir que esta ciudad padece fatiga crónica. Ella se establecería aquí por un tiempo, pero el káiser no se ganó su simpatía. Durante la guerra, Isadora Duncan bailaba *La Marsellesa* como prueba de su compromiso con uno de los bandos. It was paradise, dice Lou Reed. El paraíso es un lugar muy peligroso. Cuanto más alto el propósito, más numerosos los actos que se consideran justificables en su nombre.

También en Unter den Linden tiene sitio Gary Cooper, que lleva puesta una insignia de Solidarność. El sindicato ya había buscado la ayuda del sheriff Kane en las elecciones de 1989 como símbolo de su batalla particular contra amistades indeseadas. El mensaje del gran póster se refiere a la derrota de quienes no pudieron evitar que Solidarność llegara al poder, ni que la rebeldía polaca se extendiera a otros países y alcanzara precisamente el centro de Berlín. Will Kane se casa a las diez y media al principio de una película y escribe sus últimas voluntades a las doce menos dos minutos. Es una evolución inusual en un hombre que acaba de contraer matrimonio. A diferencia de los polacos, el sheriff Kane encontró poca solidaridad en la Iglesia. Cuando entró a pedirla, el párroco de Hadleyville estaba leyendo a Malaquías. Llegará un día caliente como un horno, decía el libro. Berlín habría de cono-

cer muchos días así, solo que los pecadores no serían apartados de los virtuosos. Todos son pecadores a ojos del enemigo.

Y ahora los turistas avanzan hacia la Puerta de Brandeburgo por la avenida que en un tiempo amurallado tuvo menos tránsito. Parecen pequeños en comparación con el sheriff Kane. Triviales también, llevan el andar cansino de quien está haciendo los deberes sin preocuparse de la nota del día siguiente. Visten calzones de bucanero, camisetas chillonas.